

ESTUDIOS CULTURALES
LATINOAMERICANOS

RETOS DESDE Y SOBRE LA REGIÓN ANDINA

Universidad Andina Simon Bolívar, Sede Ecuador
Toledo N22-80 • Teléfonos: (593-2) 2556405, 2560945
Fax: (593-2) 2508156 • Apartado Postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
e-mail: uasb@uasb.edu.ec • <http://www.uasb.edu.ec>

Ediciones Abya Yala
Av. 12 de Octubre 1430 y Wilson • Teléfonos: (593-2)2562633, 2506247
Fax: (593-2) 2506255 • Apartado Postal: 17-12-719 • Quito, Ecuador
Email: editorial@abyayala.org

Catherine Walsh

Editora

ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

RETOS DESDE Y SOBRE LA REGIÓN ANDINA



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador



**ABYA
YALA**

Quito, 2003



ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS
Retos desde y sobre la región andina

Catherine Walsh
Editora

Primera edición:
Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala
Quito, septiembre 2003
Diseño gráfico, armado e impresión: Ediciones Abya-Yala
Cubierta: Raúl Yépez
ISBN: 9978-19-050-3
ISBN: 9978-22-328-2

Los aportes publicados en este libro, son de responsabilidad de sus autores

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?

Los desafíos y predicamentos disciplinares, políticos y éticos de los estudios (inter)culturales *desde* América andina

Catherine Walsh | 11

I. ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS: PERSPECTIVAS CRÍTICAS

1. Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales
Walter D. Mignolo | 31
2. Apogeo y decadencia de la teoría tradicional.
Una visión desde los intersticios
Santiago Castro-Gómez | 59
3. Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder: crítica de la idea de ‘estudios culturales latinoamericanos’ y propuestas para la visibilización de un campo más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido
Daniel Mato | 73

4. Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policiaca (o, colonialidad del poder y el futuro de los estudios culturales en América Latina)
Oscar Guardiola-Rivera | 113

II. (DES)IDENTIFICACIONES DISCIPLINARIAS Y LUCHAS DEL CONOCIMIENTO

1. Para una genealogía de la descolonización intelectual en los Andes
Zulma Palermo | 131
2. Literatura, subjetividad y estudios culturales
Mabel Moraña | 147
3. La literatura: entre el acontecimiento discursivo y la gesta real
Alicia Ortega | 153
4. La disciplina histórica en Latinoamérica. Una lectura con los estudios culturales
Alberto G. Flórez-Malagón | 159
5. Academia, lengua y nación: prácticas, luchas y políticas del conocimiento. Para una genealogía del campo académico en Colombia, 1853-1910
María del Pilar Melgarejo Acosta | 171
6. Génesis de la lucha disciplinaria: pugna por el control de una nueva nación colombiana, 1910-1950
Sandra Lucía Castañeda Medina | 189

III. (POS)MODERNISMOS, SUBALTERNIDAD Y VISIONES HISTÓRICAS

1. Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas
Alfonso Torres Carrillo | 197
2. Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley
Guillermo Bustos | 215

3. Familiares ocultos del discurso posmoderno sobre la cultura: utopía colonial y nostalgia fascista
Valeria Coronel | 243
4. Las nuevas aventuras de la vanguardia en América Latina: modernismo, mímica poscolonial y el mobiliario de Beatriz González
Víctor Manuel Rodríguez | 267

IV. TECNOLOGÍAS Y PRODUCCIONES DEL CONOCIMIENTO

1. La tecnicidad en búsqueda de los datos duros: estudios culturales y economías pedagógicas
Regina Harrison | 291
2. Descolonizar las tecnologías del conocimiento: video y epistemología indígena
Freya Schiwy | 303
3. La investigación de campo en los estudios culturales. Presuposiciones, fundamentos, amplitud y validez a partir de una etnografía en los Andes ecuatorianos
Miguel Huarcaya | 315

I

ESTUDIOS CULTURALES
LATINOAMERICANOS

PERSPECTIVAS CRÍTICAS

LAS HUMANIDADES Y LOS ESTUDIOS CULTURALES:

PROYECTOS INTELECTUALES
Y EXIGENCIAS INSTITUCIONALES

*Walter D. Mignolo**

1. INTRODUCCIÓN: UN MAPA DE PROBLEMAS

La presentación de Santiago Castro-Gómez¹ en este volumen muestra que los estudios culturales despiertan desconfianzas institucionales e ideológicas. Estas desconfianzas se amparan en una cierta idea de lo que es y *debe* ser el conocimiento y de lo que son los proyectos académicos, por un lado, y los proyectos políticos sobre la educación, por otro. Castro-Gómez expuso un ejemplo muy interesante en el ámbito hispano y latinoamericano, esto es, aquello que sobre el asunto se escribe y se dice en castellano. En Estados Unidos, y en inglés, ha corrido también bastante agua sobre este molino. Muchos recordarán, aunque los estudiantes de los primeros años aquí presentes quizá no lo sepan, el ‘affair Sokal’ y la acusación que se le hizo a *Social Text* e indirectamente a los estudios culturales. La acusación fue a la falta de rigor académico de quienes bajo el rubro de ‘estudios culturales’ y de ‘interdisciplinaridad’ asumen el derecho de opinar sobre asuntos sobre los que no son expertos.

* Profesor y Director del Centro de Estudios Globales y de las Humanidades de Duke University, Durham, N.C. (EE.UU.).

Por otra parte, y en el ámbito de la Modern Languages Association (que es una institución controlada por los departamentos de inglés) y también en las páginas de *The Chronicles of Higher Education* (que en lo que respecta a estudios literarios está controlada, también, por los departamentos de inglés), los ‘estudios culturales’ fueron confrontados por los defensores de los estudios literarios. Se mire por donde se mire, es indudable que los ‘estudios culturales’ despertaron inquietudes, desconfianzas y, sobre todo, alarmas ante quienes ven en ellos la posibilidad de producción intelectual que escapa al control disciplinario. Porque en los tres ejemplos anteriores no se trata de otra cosa que de la protesta y la crítica de quienes, anclados y amparados en normatividades disciplinarias, ven aparecer un espacio de producción intelectual que escapa a las reglas y a las normas disciplinarias que les otorga, a quienes acusan, legitimidad institucional sobre ciertos saberes.

Tengamos en cuenta también el aspecto institucional-administrativo. Esto es, qué papel tienen los estudios culturales en la perspectiva de los administradores de las mayores universidades en Estados Unidos. Aquí solo menciono los Estados Unidos porque desconozco este aspecto, del que voy a hablar en este párrafo, en América Latina, aunque sé que esta conferencia tiene como una de sus motivaciones la creación de un programa de estudios culturales en la Universidad Andina, Sede Ecuador. Este problema fue apuntado por John Beverley en su intervención. Beverley subrayó que los estudios culturales convienen a los decanos de universidades estadounidenses en la medida en que en nombre de la interdisciplinariedad pueden ahorrar dinero contratando, por ejemplo, un profesor de estudios culturales con funciones en dos o más departamentos. Esto es, se contrata una persona que hace el trabajo de dos. Si bien esto es cierto, hay otro aspecto administrativo que hay que tener en cuenta. Esta posibilidad, en manos de decanos y otros administradores progresistas, puede también cumplir un papel importante reformando los departamentos que se han anquilosado y que se han convertido en estructuras de poder de los profesores con más de veinte años de antigüedad.

Administrativamente, pues, los estudios culturales tienen una doble cara. Por un lado, contribuyen a justificar de manera positiva los recortes de presupuesto y, por otro, contribuyen a romper el hielo y a abrir posibilidades a los jóvenes investigadores que de otra manera tendrían una vida mucho más difícil en sus respectivos departamentos, donde la ‘fe en la razón disciplinaria’ se convierte en una suerte de fundamentalismo episté-

mico en el esfuerzo por mantener estructuras disciplinarias justificadas por argumentos que invocan el rigor y la verdad, y que, en verdad, se traducen en la reproducción de estructuras de poder.

Al aspecto institucional (ej., la creación de departamentos o de programas de estudios culturales) y al administrativo (ej., las repercusiones en el presupuesto, en la política administrativa universitaria, en los cambios en las disciplinas y en las estructuras de poder de los departamentos universitarios), hay que agregar el aspecto intelectual. Esto es, ¿cuáles son los proyectos intelectuales que *necesitan* de la institucionalización de los estudios culturales y de la interdisciplinariedad, y que no podrían llevarse adelante en los departamentos en los cuales la *disciplina* tiene prioridad sobre la *inter-disciplina*? La formulación de esta pregunta es un tanto rígida. Ella presupone que, por un lado, están los departamentos puramente disciplinares (sociología, filosofía, literatura, historia, biología, informática, etc.) y, por otro, los estudios culturales abiertamente interdisciplinarios. Si las cosas fueran así, no habría cabida en ninguno de los departamentos organizados en torno a una sola disciplina para amparar proyectos de investigación y planes de enseñanza (currícula) que no respondieran a los cánones de las disciplinas.

Sabemos que esto no es así y que las cosas no dependen tanto de las disciplinas como de las personas que actúan (investigando, enseñando, participando en organizaciones disciplinarias nacionales e internacionales –asociaciones de sociología, filosofía, historia, literatura, historia del arte, del estudio de las religiones, etc.).

De tal manera que es imperativo separar las necesidades institucionales y administrativas, por un lado, de las necesidades (y deseos) intelectuales, por otro. O, mejor aún, es imperativo separar las políticas institucionales y administrativas de las políticas y la ética de la investigación y de la enseñanza. Los miles de dólares que fluyen desde fundaciones a universidades en Estados Unidos para ‘repensar ésto o aquello’, para mejorar el entrenamiento de estudiantes graduados y de pregrado, no necesariamente mejoran la situación si no hay proyectos intelectuales innovadores. Más dinero en la institución es un fenómeno grato, pero de ninguna manera asegura proyectos intelectuales críticos e innovadores. Ese dinero puede, en verdad, contribuir a fomentar la *razón instrumental* (eficiencia en la producción y en la administración de bienes y servicios, incluida la información entendida como educación) y la *razón estratégica* (cómo vencer al ‘enemigo’, cómo sacar ventaja de la situación X o Z, cómo acre-

centar el espacio en el ejercicio del poder, etc.) en vez de *la razón crítica* (qué tipo de conocimiento y comprensión tiene urgencia social o está impulsada por el deseo; desde qué perspectiva –cuáles son los principios asumidos que dirigen la producción y transformación de conocimientos– y de qué métodos y teorías se dispone o hay que inventar). Por último, con qué fines se genera tal conocimiento o comprensión. Demás está decir que la *razón crítica* sería el horizonte último de las *humanidades* entendidas en un sentido amplio. No, claro está, la dimensión institucional en la cual se agrupan *los humanistas*, sino la intelectual, ética y política en la que todo conocimiento y comprensión (desde la medicina a los negocios, desde la ingeniería al derecho, desde las ciencias naturales a las sociales) son –y no pueden ser de otra manera– *ciencias humanas*. Solo los seres humanos pueden producir, almacenar, olvidar, transformar conocimiento y comprensión.

No estoy sugiriendo, ni tampoco voy a sugerir, que el mapa que estoy diseñando es el de los estudios culturales. No, todo lo contrario. Estoy sugiriendo que, en el terreno intelectual, hay tareas mucho más urgentes que la de discutir si vale o no la pena defender o denigrar a los estudios culturales y esa tarea es la de vigorizar la razón crítica en las humanidades que perdieron terreno en razón del avance de la razón instrumental y la razón estratégica, cada vez más omnipresentes en las universidades de Estados Unidos, Europa y la zona colonial de influencia en la cual se crearon universidades y centros de estudio y de investigación desde el siglo XVI. La Universidad de México, creada en 1553, y la de Harvard, en 1634, por ejemplo.

En fin, mi argumento hasta aquí es que no hay en realidad una relación uno-a-uno entre un cierto orden institucional, digamos, los estudios culturales, y lo que se hace bajo ese nombre o rubro. Y también la inversa es válida: iniciativas y proyectos intelectuales que no cuadran en el marco de las disciplinas canónicas no tiene necesariamente que justificarse y buscar un techo en los estudios culturales. Los estudios culturales son o pueden ser un espacio institucional de conveniencia, y nada más. No obstante, es muy importante poder contar con este lugar recordando que es un espacio institucional de conveniencia y nada más.

Esta separación es importante por muchas razones, como veremos. Pero una de las fundamentales es la de clarificar los criterios bajo los cuales un rubro institucional, ‘estudios culturales’, se introduce en las universidades de Ecuador, Colombia o Argentina –por ejemplo– sin necesaria-

mente introducir también los proyectos intelectuales que en Inglaterra o en Estados Unidos se cobijaron bajo el mismo rubro. Así las cosas, podríamos pensar que si los estudios culturales británicos se distinguieron por sus contribuciones a la comprensión de los problemas de la juventud y de los medios de comunicación, los problemas de la juventud y de los medios de comunicación no deberían imponerse en Ecuador o en Colombia porque estos son proyectos de los estudios culturales tal como se los definió en Inglaterra, sino porque en Ecuador y Colombia hay necesidad de tales estudios. Esto es, la creación de un departamento o programa de estudios culturales en Chile, Argentina o Ecuador no se justificaría si solo fuera para modernizar la universidad. Es decir, se justificaría, pero la justificación sería institucional y administrativa, pero no intelectual. Sería un argumento de la razón estratégica.

La justificación intelectual (la de la razón crítica) tiene otra lógica. Primero importa saber cuáles son los problemas que requieren atención en los Andes, en Quito, en Colombia o en Bolivia o en Estados Unidos. Ésta es una decisión que deben hacer aquellos que están involucrados en el proyecto. Además, estaría la necesidad de crear un espacio institucional donde se puedan realizar proyectos intelectuales, política y éticamente sustentados, que no se podrían realizar en las estructuras universitarias actuales. Desde la perspectiva ética y política del conocimiento, lo fundamental son los problemas y las preguntas que motivan la investigación (razón crítica). Desde la perspectiva política de la institución, lo fundamental es crear espacios que permitan transformaciones institucionales (como las que mencioné en el caso de Estados Unidos) y que en América Latina podrían justificarse, institucionalmente, como modernización académica (razón estratégica) y para la preparación de personas técnicamente capacitadas para obtener una producción eficiente y de buena calidad (razón instrumental).

Hay todavía un último problema, entre aquellos de los que me ocuparé aquí, para poner sobre la mesa. Este problema se deriva de la conceptualización de los estudios culturales, sin más, y de los estudios culturales entrelazados con la herencia de los estudios de área. Si bien los estudios de área son un asunto de la universidad en Estados Unidos, éstos no pueden ignorarse en América Latina (o en África y en Asia) puesto que estas 'áreas' fueron convertidas en objetos académicos de las universidades estadounidenses. Por esta razón tenemos hoy un abanico geopolítico tal como estudios culturales latinoamericanos, estudios culturales africanos,

asiáticos, chicanos, etc. De tal manera que pareciera que los estudios culturales están repitiendo una estructura disciplinaria que se consolidó durante la Guerra Fría y que se definió por un tipo particular de relación entre las disciplinas que producen conocimiento (*knowledge*) y los contenidos de ese conocimiento que fueron las ‘áreas’ en que se dividió el mundo que debía conocerse (*the known and the knowable*). Durante el período de la Guerra Fría teníamos, por un lado, las disciplinas (sociología, historia, antropología) y, por otro, las áreas (América Latina, África, Asia, Asia Central, Caribe, etc.).

De tal modo que, teniendo en cuenta este escenario, habría una diferencia interesante para desenredar cuando se compara la situación hoy, en los estudios culturales, y la situación ayer, en la tensión entre disciplinas y áreas. Mientras que ayer, es decir, durante la Guerra Fría, las áreas convocaban un número distinto de disciplinas para estudiarlas (América Latina era estudiada por economistas, sociólogos, historiadores, antropólogos), y cada una de estas disciplinas contribuía a explorar un aspecto de la complejidad, aquel aspecto que correspondía a la disciplina, los estudios culturales latinoamericanos (o asiáticos o africanos) no tienen hoy un perfil definido. Por un lado, los estudios culturales provienen, en general, de los estudios literarios y de la apertura interdisciplinaria del pos-estructuralismo. Por su parte, los estudios culturales latinoamericanos, en Estados Unidos, ofrecen una alternativa a los estudios de literatura latinoamericana, por un lado, y a los estudios latinoamericanos de áreas por otro. La primera esfera (literatura), está asignada a las humanidades, mientras que la segunda, a las ciencias sociales.

¿Cuáles son las diferencias, en última instancia, entre ‘estudios culturales latinoamericanos’ y ‘estudios latinoamericanos’ tal como se los institucionalizó durante la Guerra Fría a través de LASA (Latin American Studies Association)? Sin duda que ésta es una pregunta que no puedo responder aquí en detalle. Me conformo con sugerir lo siguiente: mientras que los estudios latinoamericanos, en el sentido de Latin American Studies y de la correspondiente asociación, Latin American Studies Association, fueron –y todavía son– básicamente un asunto de las ciencias sociales, los estudios culturales latinoamericanos emergieron como un asunto, fundamentalmente, de las humanidades. Además, si ‘América Latina’ se convirtió en el objeto de ‘estudio’ de los ‘estudios culturales’, entonces la política y la ética de la investigación no puede ser la misma cuando estos ‘estudios’ se practican en Estados Unidos y en América Latina. Esto es, no

pueden ser lo mismo desde la perspectiva geopolítica del conocimiento. En cambio, si pensamos que los estudios culturales son geopolíticamente neutros y que es lo mismo practicar estudios culturales en Londres, en Pittsburgh o en Quito (puesto que la epistemología es neutra y ahistórica, no tiene ni sexo ni color), entonces los estudios culturales son neutros con respecto a su ubicación geohistórica e institucional. Siguiendo este argumento resultaría entonces que aquello que se necesita saber, en Estados Unidos sobre América Latina, no sería distinto a lo que se necesita saber en América Latina. Por esta razón se teme que las agendas intelectuales en Estados Unidos sean impuestas en América Latina puesto que aquellos que expresan este temor saben que es muy difícil que las agendas intelectuales en América Latina se impongan en la academia estadounidense.

En un mundo ideal donde no hubiera distinciones geopolíticas organizadas por la colonialidad del poder y la diferencia colonial, los ‘estudios culturales latinoamericanos’ en América Latina serían equivalentes a los ‘estudios culturales (anglo)americanos’ en Estados Unidos. De esta manera, todos los practicantes de uno y de otro campo, felices y simétricos, cambiarían información en bien de la acumulación y el progreso del saber. Pero, al parecer, la realidad no es así. Si bien la dimensión geopolítica del conocimiento está siempre presente, es descaradamente abierta y obvia cuando aquello que se quiere conocer no es un asunto general como ‘la representación en los media’ o ‘la juventud de los 90’ o ‘la prostitución y el capitalismo tardío’, sino a un área geohistóricamente demarcada. Ahora bien, un área geohistóricamente demarcada como ‘América Latina’ no es solo un lugar donde pasaron y pasan cosas, donde estructuras económicas de poder se rearticulan constantemente, donde las fuerzas militares de los países periféricos y centrales mantienen cambiantes relaciones de dependencia, donde el NAFTA, el Plan Colombia y el ALCA se complementan de maneras muchas veces invisibles. Es también un espacio de subjetividades, de memorias, de muertes que se ligan al Estado y a las familias en el presente, de glorias y de horrores nacionales, de sabores culinarios y sonidos musicales, etc. La producción de saber, en América Latina, en el Medio Oriente o en Somalia, une la epistemología a la política, a la ética y a la muerte de una manera distinta a la relación que se establece en Estados Unidos (o al menos se establecía antes del 11 de septiembre del 2001), entre ciencias sociales y áreas de estudio.

Daniel Mato trata de responder a este dilema criticando el nombre estudios culturales y proponiendo otro en su lugar, que se adecuaría mejor

a las necesidades de la historia de América Latina. Mato, piensa que ‘estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder’ es una opción preferible a ‘estudios culturales’ (Mato, en este vol.)². Es una opción, sin duda, pero no me parece fundamental puesto que el nombre alternativo nombra un lugar institucional y no una agenda intelectual. Por el contrario, si el nombre alternativo nombra una propuesta intelectual, entonces no habría problemas en que esta agenda intelectual fuese una entre otras bajo el rubro institucional de estudios culturales. Y si, por último, se pretende establecer una relación uno a uno entre el proyecto intelectual y el lugar institucional de ‘estudios y otras prácticas latinoamericanas de cultura y poder’, entonces llegamos al mismo lugar desde donde partimos: la crítica, las versiones de estudios culturales que pretenden establecer una relación uno a uno entre *mi* proyecto intelectual y *los* estudios culturales como lugar institucional.

Este tipo de argumentos requieren explorar una serie de preguntas sobre el orden institucional y la geopolítica del conocimiento que enumero aquí:

1. ¿Cuáles son las necesidades institucionales, administrativas, intelectuales que satisfacen la creación de un departamento o programa de estudios culturales en Quito, Bogotá, Buenos Aires, etc.?
2. ¿Cuáles son las necesidades institucionales, administrativas e intelectuales que satisfacen la creación de un departamento o programa de estudios culturales Latinoamericanos en Estados Unidos?
3. Mientras que en Estados Unidos el adjetivo ‘latinoamericano’ especifica América Latina como objeto, la práctica de los estudios culturales en América Latina no *tiene necesariamente que ser especificada de ese modo*. Los estudios culturales, en Quito, Bogotá o Buenos Aires tienen la *libertad* y el *privilegio* de hacer de la globalización el objeto de estudio y no de re-producir, en América Latina, las agendas intelectuales de los Latin American Studies o de los Latin American Cultural Studies, si los hubiera. El Plan Colombia, por ejemplo, no es un asunto que tiene que ver con la historia de América Latina solamente. Es un problema de globalización. Así como los estudios culturales en Quito, Bogotá, Buenos Aires, etc. tienen la libertad y el privilegio de estudiar el mundo, si se especifican como latinoamericanos corren el peligro de transformarse en un *token* cultural, semejante al caso analizado hace algunos años por George Yudice en el que un museo de Houston esperaba que los artistas latinoamericanos invitados

‘pintaran’ América Latina y no que tuvieran el atrevimiento en producir y pensar el arte a través de su pintura. Uno tiene la sensación, por ejemplo, que en las universidades de Estados Unidos se esperaba que ‘los latinoamericanos se ocupen de asuntos latinoamericanos’ y no de pensar el mundo a través de América Latina, al igual que lo hacen los pensadores europeos o estadounidenses. Esto es, la globalización se estudia en Alemania, Inglaterra, Francia, Estados Unidos o Japón, ¡pero en América Latina solo se estudia América Latina! Sin duda que los trabajos de García Canclini, Martín-Barbero, Renato Ortiz, Octavio Ianni, Joaquín Brunner, etc. se conocen en América Latina. Pero, con alguna excepción, se conocen solamente en América Latina. Estos estudios no entran en el debate internacional junto a Anthony Giddens, Saskia Sassen, Ulrich Beck o Pierre Bourdieu. Y no estoy aquí hablando de ‘reconocimiento intelectual’ sino de estructuras institucionales de saber y de poder, aún mejor, de la persistencia de la colonialidad del poder aquí manifiesta en el orden epistémico e institucional universitario. Por esta razón la geopolítica del conocimiento es una cuestión que debe explorarse con prioridad a la institucionalización de los estudios culturales, o de cualquier otro tipo de ‘estudios’.

2. ALGUNAS HISTORIAS LOCALES Y ALGUNAS AGENDAS INTELECTUALES

Exploremos algunos ejemplos donde podamos ver la interrelación entre proyectos intelectuales y formalización institucional. Veamos, a vuelo de pájaro, qué ocurría en Inglaterra cuando se institucionalizaron los estudios culturales (más específicamente, el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos) en los tempranos años 60³. Veamos también qué ocurría en América Latina en esos momentos. Y veamos también el panorama de la misma década en Estados Unidos. El contraste y las relaciones entre estos tres momentos nos darán una perspectiva histórica para comprender las relaciones entre las políticas institucionales y administrativas, por un lado, y los proyectos intelectuales por el otro. Estas breves viñetas nos ayudarán también a comprender qué es lo que está en juego, a principios del siglo veintiuno, en la defensa o en la promoción de los estudios cultu-

rales. Y a pensar cuáles serían los proyectos intelectuales en distintas historias locales, digamos en América Latina, en Inglaterra y en Estados Unidos. Podría mencionar lugares del Pacífico, como Taiwan o Japón u Hong-Kong, pero esto complicaría un tanto las cosas. Sin embargo, haré algunas referencias, más abajo, para tener una perspectiva geopolítica y no universalista de los estudios culturales⁴.

En fin, no creo que tenga ningún sentido hoy, sobre todo en América Latina, pero también para los practicantes de los estudios latinoamericanos (culturales o no) en Estados Unidos, involucrarse en proyectos institucionales que no comiencen por una reflexión crítica sobre las genealogías de los proyectos intelectuales que son los que verdaderamente cuentan. El nombre, la formalización institucional, corresponde a otro tipo de política, a la política precisamente institucional, no a la política intelectual. No hay una relación uno a uno entre la institucionalización de los estudios culturales y los proyectos intelectuales que se pueden albergar bajo su techo. Creer que se trata de lo contrario es abrir las puertas a quienes se interesan más por el poder que por el pensamiento y que, en consecuencia, intentan imponer una agenda de pensamiento y controlar su lugar institucional, se llamen estudios culturales u otra cosa. Por eso –repito– es necesario separar el nivel institucional de los proyectos intelectuales. Los proyectos intelectuales no necesitan de los estudios culturales puesto que, como proyectos intelectuales, tienen posibilidad de llevarse adelante por otros canales. En cambio, la institucionalización de los estudios culturales necesita de proyectos intelectuales puesto que de otra manera, ¿qué es lo que se institucionalizaría? Un lugar vacío que espera, como en el caso de Godot o del actor pindareliano, que espera que venga un autor.

En Inglaterra, la creación del CCCS (Center for Contemporary Cultural Studies) en Birmingham, en 1964, tiene una historia –¡como es de suponer!– tanto intelectual como institucional. La historia intelectual, las condiciones de la Inglaterra de posguerra (ver nota 4), la insatisfacción de los jóvenes intelectuales marxistas (Raymond Williams, J. P. Thompson, Richard Hoggart) con las formas canonizadas del marxismo, esto es, del leninismo-stalinismo, la falta de atención que los marxistas habían prestado a la cultura hasta esos momentos y la apropiación del tema de la ‘cultura’ por críticos e intelectuales de derecha como F. R. Leavis, condujeron al encuentro de la nueva izquierda con la cultura. Un tema que no se menciona en los análisis sobre ese momento, es la descolonización de India, en 1947, y la eminente pérdida de las posesiones inglesas en el futuro pró-

ximo. Pero esta ausencia no debe sorprender a nadie. Lo mismo ocurrió en Francia. La voluptuosidad del estructuralismo y del posestructuralismo fueron asuntos internos a Europa, de espaldas a las colonias, a la descolonización de Argelia en 1963 y la historia que siguió en el proceso descolonizador. Raymond Williams no incorporó para nada ‘colonización’ (y menos aún ‘descolonización’) ni ‘raza’ en sus colección de palabras claves.

Sin embargo, la confluencia de la nueva izquierda con los estudios culturales renovó el pensamiento marxista en los años 60 en Inglaterra. Así, es justo afirmar que la escuela británica de estudios culturales: “was an unprecented international boom” y que los estudios culturales británicos (y subrayo británicos en comparación con latinoamericanos)

“has advanced critical understanding of the media, youth subcultures, literary production, the contemporary working class, the cultural construction of race and gender, popular culture, and the nature of ideology. It is distinguished by its simultaneous respect for the potentially subversive culture of dominated and marginalized classes and groups and an acute awareness of the ideological forces in society containing them. Interdisciplinary and theoretically eclectic, cultural studies has supplanted the traditional dichotomy between high and low culture, so prevalent in discussions about the mass media, with an enlarged concept of the cultural terrain (Dworking: 2; ver nota 4).

En suma, el CCCS surgió en el proceso de renovación del pensamiento marxista en una Inglaterra de posguerra y en el momento en que el Imperio Británico se encontraba en una situación semejante a la que se encontró España a principios del siglo XIX, como consecuencia de las independencias en América Latina. ¡Pero el marxismo no existía entonces! El CCCS tuvo su primer hogar en el English Department de la Universidad de Birmingham, aunque el departamento rehusó apoyarlo económicamente. El apoyo económico vino en parte de los propios miembros y particularmente del esfuerzo inicial de Richard Hoggart.

La trayectoria de la reflexión crítica marxista en Inglaterra se toparía hacia finales de los años 60 con el althuserianismo y con el auge del pensamiento posestructuralista. Esta historia interesa en la medida en que se encuentra viviendo en Inglaterra, en esos años, un historiador de origen indú llamado Ranajit Guha. Si bien Guha, en tanto marxista, no puede ignorar los trabajos de E. P. Thompson, Richard Hoggart, Raymond Williams y Stuart Hall, su proyecto no es exactamente el de estos pensadores. A Guha no le interesa la renovación del pensamiento marxista en Inglaterra, sino la situación política y la escritura de la historia en la India

pos 1947. Guha tiene preocupaciones similares a las del grupo que fundara el CCCS pero, al mismo tiempo, tiene que cocinar otra sopa, la suya, la de la descolonización de India más que la de la desimperialización de Inglaterra. Guha fundó su grupo de trabajo hacia 1973, y el primer volumen de *South Asian Subaltern Studies* se publicó en 1982.

Veamos a vuelo de pájaro qué ocurría en América Latina a fines de la década del 50 y la del 60. América Latina, un subcontinente y no un país que vivía todavía en los esplendores del pasado imperio, como Inglaterra, pasaba también por otras circunstancias históricas. Los 50 y los 60 fueron los años de los proyectos de ‘modernización y desarrollo’ administrados por Estados Unidos, donde comenzaba a concentrarse el poder imperial que hasta la Segunda Guerra había estado particularmente en Inglaterra. Eran los años también de la descolonización de países africanos y asiáticos. Estados Unidos apoyó, por cierto, la descolonización en nombre de la soberanía, al mismo tiempo que contribuía a crear las condiciones para la etapa de los diseños globales de modernización y desarrollo. Puesto que en América Latina la descolonización tuvo lugar, en general, unos ciento cincuenta años antes que la descolonización en Asia y en África, y que en América Latina no hubo un país imperial como Inglaterra, los proyectos intelectuales fueron distintos, las necesidades eran distintas. Hubo así proyectos de desarrollo y modernización que condujeron a la creación de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), dependiente de las Naciones Unidas, bajo el liderazgo inicial del economista argentino Raúl Prebisch.

Raúl Prebisch introdujo, en sus informes iniciales para la CEPAL, la distinción entre ‘centros’ y ‘periferias’ económicas, apuntando las dificultades de la periferia para ‘desarrollarse y modernizarse’ como los países centrales, industrializados, debido a la lógica del capitalismo como estructura económica. Aunque las teorías de Prebisch le deben mucho más a Keynes que a Marx, la distinción entre centro y periferia fue fundamental para la ‘teoría de la dependencia’ que, ligada fundamentalmente a los nombres de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, fue, en realidad, una producción teórica, intelectual y política que involucró a la intelectualidad marxista de avanzada en América Latina después de la revolución cubana y hasta mediados de los 70 cuando las teorías sobre la ‘transición a la democracia’ comenzaron a desplazar los problemas planteados por la teoría de la dependencia. Hubo otros proyectos intelectuales que surgieron en los años 60, y de alguna manera todos ellos relacionados con los diseños glo-

bales de modernización y desarrollo y, pero también, con los efectos de la revolución cubana a partir de 1959. Así, la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) se creó en 1957, con el apoyo de las Naciones Unidas⁵.

La filosofía de la liberación en América Latina introdujo una brecha y una ruptura en la historia de la filosofía y en la hegemonía de la filosofía continental europea; las teorías del colonialismo interno explicaron que la etapa de formación de los estados nacionales, después de las independencias, no fue otra cosa que la rearticulación del colonialismo esta vez en manos de dirigentes criollos. En Argentina, principalmente, también ocurrió –como en Inglaterra, pero independientemente de ella y por necesidades de la historia local– la renovación del marxismo. La expresión de esta renovación fue la revista *Pasado y Presente*, fundada en Córdoba en el año 1963. Por otra parte, científicos sociales de 35 instituciones fundaron CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), como una red internacional, no-gubernamental y sin fines de lucro dedicada a promover la investigación, la discusión y la difusión académica en diversos campos de las ciencias sociales.

En Estados Unidos, entre 1950 y 1970, la historia intelectual que nos interesa aquí es bastante distinta a la de Inglaterra y la de América Latina. Recordemos otra vez que estoy comparando dos países imperiales con un sub-continente... si se puede decir, imperializado. Ustedes sacarán las consecuencias de esta comparación. Estos años son, en Estados Unidos, los veinte años de su ascenso a la hegemonía del sistema-mundo moderno (usando la terminología de Wallerstein y Arrighi) y del mundo moderno-colonial (empleando la terminología de Quijano, Dussel y Mignolo). Me interesa aquí recordar dos trayectorias en los proyectos intelectuales que emergieron durante esos años. Por un lado, los estudios de área que cumplieron dos funciones: suplantaron el ‘orientalismo’ que había predominado durante la etapa de la hegemonía económica inglesa e intelectual francesa, entre 1789 y 1945, y desplazaron las humanidades (que fueron la base del ‘orientalismo’) y abrieron las puertas a la hegemonía de las ciencias sociales. Curiosamente, FLACSO y CLACSO se crearon en 1957 y 1967, respectivamente. Finalmente, para completar este breve panorama, en 1964 se creó, en Estados Unidos, la LASA (Latin American Studies Association). Todas estas instituciones académicas centradas en las ciencias sociales, recibieron el impacto de la revolución cubana; tanto FLACSO, que ya estaba creada, como CLACSO y LASA, que se funda-

ron posteriormente. La izquierda, en América Latina no creó un centro de estudios culturales, como ocurrió en Inglaterra.

Tampoco se dio en América Latina, en FLACSO y CLACSO, una confluencia de ‘científicos sociales’ (historiadores como Hoggart y Thompson, sociólogos como Stuart Hall) con críticos literarios y culturales (como Raymond Williams); las cosas se manifestaron de otras maneras. Los críticos literarios y culturales de orientación marxista en América Latina configuraron, en esos años, redes diferentes. Ángel Rama y Antonio Cándido formaron una comunidad de dos en el Sur, Uruguay y San Pablo. Roberto Fernández Retamar se apuntaló en el Caribe y en la Casa de las Américas, y Antonio Cornejo Polar en Lima y en los Andes. En Estados Unidos LASA no produjo un proyecto intelectual definido. No se ocurre en este momento un proyecto cultural ni el nombre de una persona que liderara los estudios latinoamericanos en Estados Unidos. Hay sin duda numerosos ‘buenos estudios’ particulares, pero no un proyecto líder o un intelectual líder. FLACSO, LASA y CLACSO se destacan por su tarea institucional y por su apoyo a la investigación.

Este es uno de los aspectos –el que atañe directamente a América Latina y por lo tanto pertinente para todo proyecto institucional de estudios culturales latinoamericanos– de la situación intelectual en Estados Unidos entre los 50 y los 70. El otro aspecto, parcialmente ligado a América Latina, es la transformación académica como consecuencia de los movimientos sociales en reclamo de los derechos civiles, a finales de los 60, y los nuevos procesos inmigratorios que se acentúan durante esos años. Éste es el aspecto sin duda que está relacionado con América Latina, particularmente con la emergencia de la ‘cuestión latina’.

A partir de los años 70 surgieron en Estados Unidos nuevos proyectos intelectuales-académicos que se institucionalizaron, como: women studies, gender studies, ethnic studies, chicano-a (y más tarde latino-a) studies, afro-american studies, asian-american studies, native american studies (ver nota 2, el artículo de Frankenberg y Mani). En este panorama hay claramente dos tendencias. Una organizada en torno a asuntos de género y sexualidad. La otra en torno a asuntos de etnicidad y raza. Ahora bien, esta última tendencia se conecta más estrechamente con los estudios de área, pero de manera conflictiva. Y el conflicto surge por dos razones. Una de las razones es que tanto desde las disciplinas como desde los estudios de área, los proyectos intelectuales emergentes son vistos como no-académicos y más bien políticos; se los percibe como más interesados en la política uni-

versitaria que en el conocimiento ‘objetivo y desinteresado’ que proveen las disciplinas académicas. La otra razón está relacionada con el conflicto entre, digámoslo de alguna manera, inmigrantes e intelectuales inmigrantes. Simplifiquemos un problema complejo. En primer lugar, la inmigración, y particularmente por su volumen la inmigración desde América Latina de los años 70, que transformó el *melting pot* formado por la inmigración desde Europa de fines del siglo XIX en ‘multiculturalismo’ formado por la inmigración desde el Tercer Mundo –estábamos en la Guerra Fría en esos momentos y el Tercer Mundo ‘existía’. Los estudios de área comenzaron a complicarse puesto que, por un lado, parte del ‘objeto que debería estar allá estaba de pronto acá’. El Tercer Mundo invadía el Primer Mundo. Y en esa invasión venían también intelectuales que comenzaron a insertarse en la academia norteamericana. En parte, Arif Dirlik tiene razón al relacionar los estudios postcoloniales con la inmigración desde el Tercer Mundo a Estados Unidos. Pero solo en parte, puesto que la reflexión crítica del colonialismo comenzó en otros tiempos y en otros lugares: en los años 60 con la descolonización de África y Asia, con Amílcar Cabral, Aimée Césaire, Frantz Fanon, etc. Lo que sí tuvo lugar en Estados Unidos fue la ‘institucionalización académica de los estudios poscoloniales’. Los proyectos intelectuales poscoloniales (Cabral, Césaire, Fanon) son paralelos a la renovación del marxismo en Inglaterra, a la filosofía de la liberación y la teoría de la dependencia en América Latina y del movimiento de derechos civiles en Estados Unidos. Por esta razón, ¡no conviene confundir la institucionalización de algo con los proyectos intelectuales! De otra manera se caerá en la ceguera de Dirlik.

En Estados Unidos los estudios culturales son de ‘importación’ tardía. Importación puesto que cuando se realiza en 1983 la conferencia en Urbana, Illinois, organizada por Larry Grossberg y Cary Nelson, han pasado ya veinte años desde la emergencia de los estudios culturales en Inglaterra. Y en Estados Unidos ha corrido mucha agua debajo de los molinos de los estudios de área, los estudios de género, sexualidad, etnicidad y raza. La explicación dada por Grossberg y Nelson retomaba la articulación entre marxismo y estudios culturales que se había dado en Inglaterra. Los organizadores de la conferencia y editores del libro *Marxism and the Interpretation of Culture*, veían el marxismo en el centro de una tendencia explosiva en las ciencias sociales y las humanidades que atravesaba todo el campo de las prácticas culturales⁶. Los editores del volumen sugerían que el marxismo estaba en una posición ideal para tomar el liderazgo en

la articulación de las ciencias sociales y las humanidades debido a que el marxismo:

[...] has long been at least implicitly involved in breaking down the barriers between these domains, making each of necessity of site of interpretative activity by politicizing interpretative and cultural practices, by looking at the economic determinations of cultural production, by radically historicizing our understanding of signifying practices from political discourses, from beliefs to social practices, from the discourses of psychology to the discourse of economics and, of course, by continuing to revise and enlarge the body of theory with multidisciplinary implications (Dowrkin:1).

El tono y el registro de esta cita es notablemente posmodernista y, paralelamente, despegada tanto de la historia misma de la Guerra Fría, en Estados Unidos como de la genealogía de cambios académicos –disciplinarios en el ámbito de la etnicidad, la raza, el género y la sexualidad. Pero, sobre todo, de la cuestión etno-racial. Para poner esta cuestión en palabras del filósofo jamaicano Lewis Gordon, Europa huele a clase, mientras que América, es decir, las Américas y el Caribe, huele a raza. ¿Por qué? Europa produjo la revolución industrial, que produjo el marxismo. Los nativos en Europa son los europeos mismos desde muchas tradiciones, sobre todo en Inglaterra, Francia y Alemania que produjeron la segunda modernidad (la revolución industrial, la revolución francesa y la filosofía alemana), mientras que toda América es la consecuencia de la expansión colonial de Europa. Por eso, por la cuestión colonial misma, las Américas huelen a raza. No es que la cuestión de la clase no sea importante. Lo que esto quiere decir es, simplemente, que el nudo histórico de las Américas es la colonización en tanto que para Europa lo es la revolución industrial. Si bien no habría habido revolución industrial sin colonización de las Américas, la colonización no es parte central de la historia de Europa, pero la revolución industrial sí lo es.

En fin, al tener en cuenta estos factores entendemos que lleva algo de razón John Beverley cuando critica los estudios culturales por su tendencia al academicismo y por su pérdida de fuerza política, y prefiere optar por los estudios subalternos. Ya señalamos más arriba la diferencia de proyectos intelectuales y políticos en el CCCS de Birmingham, y la formación del Grupo Surasiático de Estudios Subalternos, en Essex. Ahora bien, al transponer los estudios subalternos en Estados Unidos, como lo hace Beverley (entre varios), sin hacerse cargo de la complejidad histórica de las genealogías de pensamiento y de las políticas institucionales, el resultado en el proyecto de Beverley no es muy distinto al

resultado del proyecto de Grossberg y Nelson. Ambos son transplantes institucionales y no, por ejemplo, formas emergentes enraizadas en problemáticas locales, como sí lo fueron en Inglaterra tanto la formación de los estudios culturales como la formación del Grupo Surasiático de Estudios Subalternos.

3. ALGUNAS REFLEXIONES GENERALES

¿Para qué y por qué contar la historia que acabo de contar? Reflexionando sobre ella vemos que en Inglaterra hubo una relación orgánica entre un proyecto intelectual de renovación del marxismo y la creación del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos. En cambio, en la conferencia en Illinois, y en la subsecuente publicación del libro *Marxism and the Interpretation of Culture*, el proyecto no estuvo sustentado por exigencias de la historia local de Estados Unidos, como lo fue en el caso de Inglaterra, sino más bien motivado por el ‘efecto estudios culturales’ que se había generado en Inglaterra hacía unos veinte años. Lo mismo ocurrió en Estados Unidos con el surgimiento de los estudios subalternos latinoamericanos⁷. Mientras que en India, después de la descolonización de 1947, fue la historia misma de India la que motivó la creación del Grupo Surasiático de Estudios Subalternos en Inglaterra. En cambio, la creación de los Estudios Subalternos Latinoamericanos fue consecuencia del ‘efecto estudios subalternos’ en India, como respuesta a la crisis de Nicaragua y a la crisis de la izquierda al terminar la Guerra Fría. En fin, los estudios subalternos surasiáticos, surgieron en la segunda mitad de la Guerra Fría, mientras que los estudios culturales en Birmingham lo hicieron al comienzo de ella. La ‘adaptación’ de los estudios subalternos a los estudios latinoamericanos, entre los estudios literarios y los estudios de área, ocurrió cuando la Guerra Fría ya había terminado. Mientras que los dos procesos, estudios culturales y estudios subalternos, en Inglaterra fueron el resultado de ‘exigencias históricas e intelectuales’; en Estados Unidos fueron consecuencia de ‘la extensión de un modelo que tuvo éxito’ y del orgullo del latinoamericanista en universidades estadounidenses de adoptar, esta vez –como alguien dijo–, un modelo del Tercer Mundo, en vez de adoptar un modelo del Primer Mundo. No dudo de las buenas intenciones de quie-

nes siguieron este segundo camino, pero tampoco quiero pasar por alto las diferencias entre las exigencias institucionales y las necesidades intelectuales. En cambio, hubo en los estudios étnico-raciales de diverso tipo, en Estados Unidos —como los estudios de género y sexualidad relacionados con el movimiento de reclamo de derechos civiles— un arraigo y una estrecha relación entre proyecto intelectual, primero, y, segundo, solución institucional, que asemejan estos procesos a lo que ocurrió en Inglaterra. Esto es, mientras que la emergencia de los estudios culturales y subalternos en Inglaterra e Inglaterra-India, y los estudios de raza y género en Estados Unidos surgieron de una relación encarnada entre necesidades intelectuales y exigencias institucionales, los estudios culturales y subalternos en Estados Unidos siguieron el proceso inverso: nacieron de exigencias institucionales, y luego se los trató de llenar con proyectos intelectuales.

En cuanto a América Latina, los proyectos encarnados son los que he mencionado: teoría de la dependencia, filosofía de la liberación, colonialismo interno en la década de los 60, como en su continuidad actual traducida a colonialidad del poder (Quijano), transmodernidad y crítica al eurocentrismo (Dussel), alternativas a la modernidad epistémica, estudios de género y raza (Rivera Cusicanqui, Rossana Barragán), geopolítica del conocimiento (Mignolo, Palermo, Walsh, Castro-Gómez, Guardiola, Lander), colonialidad del saber (Lander, Quijano, Mignolo), geopolítica del conocimiento, colonialidad y migraciones (Grosfoguel), modernidades subalternas y críticas al globalcentrismo (Coronil, Quijano, Dussel), etc. Estos proyectos, además, están en diálogo con los proyectos en marcha en Estados Unidos en algunos sectores de los estudios chicanos (Saldívar)⁸. Pero, quizá lo que más importa es que en todos estos proyectos el horizonte último no es el que prometen las modernidades alternativas sino, como lo argumenta Escobar, el de las posibilidades de *alternativas a la modernidad* en el que están ya involucrados varios movimientos sociales y también proyectos intelectuales concurrentes (Escobar, “Globalization, modernity and development”, disertación en el seminario “Globalization and Democracy” Duke University, 2 de octubre, 2001). Todos éstos fueron, y son proyectos intelectuales que no tienen una cara institucional. Estudios poscoloniales y estudios culturales no fueron tomados con entusiasmo en primera instancia por resultar ajenos al vocabulario y a la genealogía de estos proyectos. Solo en Bolivia las expresiones ‘poscolonialismo’ y ‘estudios subalternos’ ingresaron, pero ingresaron de una manera natural. Esto es, ingresaron como diálogo con algo que ya se estaba haciendo: la crítica al racismo, al colonialismo, a la modernidad y al desarrollo (Rivera

Cusicanqui, Barragán).

Por otra parte, el concepto de ‘estudios culturales’ funcionó, hasta ahora, más como proyecto intelectual que como lugar institucional. Los estudios culturales estuvieron y siguen asociados a los nombres de Néstor García Canclini y Jesús Martín-Barbero. Ambos tienen en común la crítica a la modernidad focalizada en los medios de comunicación. Ahora bien, es importante subrayar que en estos proyectos intelectuales la expresión ‘estudios culturales’ está ligada a la crítica a la modernidad y no a la renovación crítica del marxismo, sean o no antimarxistas García Canclini y Martín-Barbero. Además hay otra línea de exploración de este proyecto: la globalización, que une a Barbero y Canclini con Renato Ortiz, por ejemplo, en Brasil, y con Joaquín Brunner, en Chile⁹.

Quedan, para finalizar, un par de cuestiones. Una de ellas es institucional y la otra intelectual epistémica. Institucionalmente, algunos de los asuntos que siguen en pie son, por ejemplo, de qué manera plantearse la creación de un departamento o programa universitario de estudios culturales en Quito o en Bogotá. Y de qué manera hacerlo en Estados Unidos. En Estados Unidos se da una distinción de hecho entre estudios culturales, sin más, y estudios culturales latinoamericanos, por ejemplo. Los primeros pueden ocuparse de cualquier asunto, incluido asuntos latinoamericanos, mientras que los segundos *solo* pueden ocuparse de asuntos latinoamericanos. Los primeros están institucionalmente localizados en departamentos de literaturas comparadas o, al menos, siguen su modelo, y en ellos hay pocos investigadores y profesores que se ocupen de América Latina. Los segundos están en general ubicados en institutos de estudios latinoamericanos y en ellos hay pocos investigadores y profesores que se ocupen de otra cosa que no sea América Latina.

¿Cuáles son los escenarios posibles en la creación de programas o departamentos de estudios culturales en América Latina? En primer lugar que los estudios culturales en América Latina no tienen por qué ser de ‘estudios latinoamericanos’. Recordemos que los estudios ‘latinoamericanos’ son la consecuencia de los estudios de área, y en los estudios de área, América Latina y otros lugares del Tercer Mundo fueron el objeto de estudio mientras que las disciplinas que los estudiaban estaban institucionalmente localizadas en el primer punto. Por otra parte, los estudios culturales en América Latina no tienen por qué definirse necesariamente como ‘latinoamericanos’ para analizar asuntos y problemas que atañen a los habitantes de la región. Además, desde Estados Unidos, América Latina es

una región recortada sobre sí misma. En cambio, desde América Latina el problema no está tanto en sí misma como su lugar en la modernidad y la globalización. Como ya lo muestran los trabajos de García Canclini, Martín-Barbero, Renato Ortiz, Bruner, Silvia Rivera, Rosana Barragán, los proyectos intelectuales que se generan y se llevan adelante en América Latina tienen como objeto el mundo, la modernidad y la globalización. De lo contrario si los estudios culturales en América Latina se ocuparan *solo de América Latina* serían reducidos a un *local tokenism* mediante el cual en América Latina solo se podría hablar de sí mismo, representarse a sí mismo y satisfacer las exigencias de ‘autenticidad’ disciplinaria, mientras que el mundo piensa en otros lugares: Alemania, Inglaterra o Estados Unidos.

Las anteriores son algunas de las cuestiones institucionales que deberán discutirse y analizarse. En cuanto a los proyectos intelectuales, no hay, por cierto, una relación uno a uno entre proyectos intelectuales y espacio institucional llamado ‘estudios culturales’. Algunos de los debates y de las inquinas que se generaron en los últimos años entre intelectuales residentes en América Latina y latinoamericanos residentes en Estados Unidos se debieron y deben –a mi entender– a la confusión entre proyectos intelectuales y espacios institucionales. Por ejemplo: cuando desde América Latina se dice que los ‘estudios culturales’ son proyectos del Primer Mundo o de Estados Unidos, o imperialistas, o como se quiera, se asume que junto con el nombre llegan también los proyectos intelectuales. Esto es, que al aceptar el nombre es necesario, también, aceptar los proyectos intelectuales. Las cosas pueden, sin duda, ser así, pero no tienen por qué serlo. Si el logo ‘estudios culturales’ es, hoy por hoy, un logo conveniente que permite, como dije al principio, convencer a los decanos y rectores y, por otro lado, abrir espacios que las disciplinas tradicionales no le permiten, no porque sean tradicionales sino porque están controladas por investigadores tradicionales, y sobre todo conservadores, ese logo no tiene por qué llenarse con el proyecto intelectual de la Inglaterra de los 60 o con el de los estudios culturales ‘latinoamericanos’ en Estados Unidos. Es más, puede ocurrir que los destellos del nombre no dejen ver que a su lado se están adelantando proyectos intelectuales innovadores que quedan tapados por la disputa institucional sobre el qué y el por qué de un nombre¹⁰. Al separar espacio institucional de proyectos culturales es imperativo volver a) sobre la historia de América Latina, desde la colonización del siglo XVI hasta el Plan Colombia y el ALCA, y b) sobre las genealogías de pensamiento y de pensamiento crítico en América Latina en conexión con África y Asia; esto es, con aquellos espacios marcados por la historia

del colonialismo en el mundo moderno. Es obvio que no se puede ignorar a Europa. El imperialismo no lo fue ni lo sigue siendo en términos económicos, políticos, legales e institucionales, sino también intelectuales. Europa y Estados Unidos ‘exportaron’ el paquete completo, las formas de opresión y los proyectos críticos de oposición.

De modo que, en última instancia, el problema fundamental para mí no es tanto el de si los estudios culturales o los estudios poscoloniales o los estudios étnicos o de género son los unos preferibles a los otros, sino que el problema fundamental está en otra parte. Diría, para terminar, que la cuestión es más general y que puede plantearse en el nivel de las humanidades, teniendo en cuenta, por cierto, la distribución actual del saber entre humanidades, ciencias sociales y ciencias naturales. La tradición europea distingue entre ciencias humanas y naturales, y en las primeras incluye las ciencias sociales y las humanidades. Sin embargo, sabemos que, a partir de la Guerra Fría, ciencias sociales como la economía, las ciencias políticas y la sociología se convirtieron en ciencias humanas ‘duras’, si se quiere, modeladas sobre las ciencias naturales. Pero no solo eso sino que pasaron de la necesidad de explicar, al deseo de administrar la sociedad. En este sentido a las humanidades les corresponde el papel crítico que Immanuel Kant le había otorgado a la filosofía. Pienso que hoy por hoy, frente a la globalización, al Plan Colombia y la deuda externa en América Latina, y, últimamente, a la re-articulación de la crisis, se imponen tres preguntas que podrán guiar varios proyectos intelectuales futuros:

- ¿Cuáles son los problemas y asuntos que exigen nuestra atención, que nos llaman, que nos invaden el cuerpo?
- ¿Qué tipo de conocimiento/comprensión nos exige la historia, la sociedad y las genealogías intelectuales en las que elegimos inscribirnos?
- ¿Desde qué perspectiva (disciplinaria, étnica, genérica, sexual, nacional, etc.) produciremos tal conocimiento o comprensión? Esta pregunta asume, por cierto, que la perspectiva disciplinaria no es neutra y que está marcada por el color, el género, la sexualidad, la nacionalidad (esto es, la lengua en la que se escribe y las genealogías inscriptas en esa lengua).
- ¿Con qué fin producir conocimientos y tratar de comprender? ¿Para ‘avanzar en el conocimiento’? ¿para ‘llegar a la verdad’? o ¿para incidir en la transformación social y, en consecuencia, el conocimiento-comprensión producido estará en relación a los problemas y asuntos

que nos exige la historia, la sociedad y las genealogías intelectuales en las que elegimos inscribirnos?

Estas preguntas son para mí fundamentales. La presentación de Edgardo Lander en este encuentro enfatizó el ‘color de la epistemología moderna’. Esto es, que la epistemología de la modernidad europea presupone un sujeto caracterizado por su masculinidad, por su blancura y por su europeidad. A ello yo agregaría, un sujeto que piensa y escribe en escritura alfabética y cuyas lenguas matrices son el griego y el latín, y las lenguas ‘modernas’ del conocimiento: el inglés, el francés y el alemán. Se me ocurre pensar que los estudios culturales no se han zafado todavía de esta prisión epistemológica. Han enfatizado la inter-disciplina, pero manteniendo inconscientemente los principios epistemológicos comunes a todas las disciplinas modernas, desde las ciencias físicas y naturales a las sociales y a las humanidades.

Estos son a mi entender algunos de los problemas fundamentales a los que deberíamos dedicarnos a pensar *críticamente*, no olvidando, aunque a otro nivel, la necesidad del pensar *estratégico*, de cómo usar los estudios culturales en diversos lugares institucionales, esto es, en las universidades del Primer o del Tercer Mundo, o si cupiera, qué otros lugares pueden existir fuera de las universidades donde el pensamiento *crítico* pueda continuar ejerciéndose. En última instancia, los proyectos intelectuales asociados con estudios culturales en América Latina deberán, al menos durante las próximas décadas, partir de la colonialidad del poder como denuncia y crítica al racismo epistémico de la modernidad.

El espacio institucional es importante, claro, pero subsidiario en relación a los proyectos intelectuales. No es un fin, sino un medio. El problema se presenta cuando invertimos los términos y pensamos que los estudios culturales son un fin y no un medio. Los acontecimientos y procesos sociales, económicos, civiles, militares, psicológicos, que se acentuaron a partir del 11 de septiembre, creo que ponen a las claras que los problemas no están en cómo dividimos la torta disciplinaria sino cuáles son los problemas de vida y muerte, de opresión y control estatal, de reacción y descontrol privado a los que todas las áreas del saber tienen —tenemos— la responsabilidad ética y política de contribuir a solucionar. El 11 de septiembre acentuó los límites del academicismo y la necesidad de producción de conocimientos que contribuyan a transformar la comprensión hegemónica de la historia, de la colonialidad, del poder, del racismo imbricado en fantasmas de color de piel y de creencias religiosas. En fin, que

contribuyan a comprender la cara del nuevo dios, de la nueva trinidad (capitalismo, militarismo y política), ante el cual sus defensores ofrecen sacrificios humanos, como entre los antiguos aztecas, y sus detractores no dudan en responder con ceguera semejante. La lista de preguntas que acabo de enumerar fueron enunciadas antes del 11 de septiembre. Después de esta fecha las preguntas no han perdido su razón de ser. Al contrario, se han hecho, para mí, más acuciantes.

POSTSCRIPTUM

El argumento que desarrollé hasta aquí fue escrito hacia noviembre del 2001. Este postscriptum lo escribo en agosto del 2002, después de haber pasado dos semanas enseñando una de las unidades del Doctorado en Estudios Culturales, iniciado en la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito. El título de mi seminario fue “Esplendores y miserias del pensamiento crítico en América Latina”. El énfasis del seminario fue en contrastar los legados del pensamiento criollo/mestizo (en general conocido como ‘latinoamericano’) con el emergente pensamiento crítico indígena y afro, tanto en Ecuador y Colombia como en el Caribe (particularmente inglés y francés) donde tiene ya una larga trayectoria desde Aimé Cesaire y Frantz Fanon. Me precedieron en la enseñanza Catherine Walsh, quien inicio el seminario y Santiago Castro-Gomez¹¹. Me siguieron Fernando Coronil y Edgardo Lander. Con estos datos quiero subrayar los dos puntos siguientes:

1. La estructura y el desarrollo del Doctorado en Estudios Culturales en la Universidad Andina refuerza con un ejemplo concreto lo que sostengo en el argumento: Los estudios culturales no pueden identificarse con *una* agenda intelectual, sea esta la de Raymond Williams o la de Stuart Hall, la de Larry Grossberg o de Néstor García Canclini. Si así fuera, no pudiese yo identificarme con los estudios culturales, con excepción claro está, de Stuart Hall. Y no podría identificarme por dos razones: una porque mi proyecto intelectual es distinto al de Williams, Grossberg o García Canclini. Y segundo, porque no podría identificarme con un espacio institucional (estudios culturales) que reproduce las estructuras de poder de las disciplinas ya establecidas, en las cua-

les *la* disciplina se identifica con *una* norma y con uno o dos proyectos intelectuales en los que se constituyen los debates y las peleas en la disciplina por el control de estudiantes y de otros recursos;

2. Estudios culturales, en la Universidad Andina, se esta constituyendo como un lugar institucional que giran en torno a ciertos legados del pensamiento crítico mestizo/inmigrante, incluyendo la colonialidad del poder (Quijano), filosofía de la liberación (Hinkelammert, Dussel), colonialismo y género (Rossana Barragan), pensamiento indígena (Felipe Quispe, Luis Macas, Armando Muyolema, Fausto Reynaga), pensamiento afro (Aime Cesaire, Frantz Fanon, Lewis Gordon, Paget Henry, Juan García, etc.). Algunos de los miembros del doctorado, sorprendidos en los primeros días de mi seminario, advirtieron que esto no tenía mucho que ver con Néstor García Canclini, Renato Ortiz o Jesús Martín-Barbero. En efecto, sus sospechas no eran infundadas. Una de las diferencias fundamentales es que mientras García Canclini, Renato Ortiz y Jesús Martín-Barbero enfatizan la segunda modernidad (de la Ilustración) Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Frantz Hinkelammert, Rossana Barragan, Silvia Rivera Cusicanqui, Luis Macas, Armando Muyolema, los zapatistas, Juan García y otros (particularmente indígenas y afro) tienen claro que sus infortunios comenzaron a comienzos del siglo XVI. En un país andino como Ecuador, distinto a Argentina, Brasil y España, ¿quién puede dudar de que los ‘estudios culturales’ tendrán que tener el capitalismo mercantil y el racismo como ejes fundamentales de la explotación del trabajo, del género y de la sexualidad atravesados por la colonialidad del poder, la cara oculta de la modernidad?

NOTAS

- 1 “Apogeo y decadencia de la teoría tradicional. Una visión desde los intersticios”.
- 2 Ver también Daniel Mato, “Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3, 2001, 85-112.
- 3 Para un panorama de la emergencia de los estudios culturales en Inglaterra ver Dennis Dowrick, *Cultural Marxism in Postwar Britain. History, the New Left, and the Origins of Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 1997. Para el contexto histórico, en Estados Unidos, que provocó la emergencia de los women studies, ethnic studies, chicano y, luego,

latino studies, afro-american studies, etc., ver Ruth Frankenberg and Lata Mani, "Crosscurrents, Crosstalk: Race, "Postcoloniality and the Politics of Location". *Cultural Studies* 7.2, 1993, 292-310. Las exigencias que se derivan del movimiento de los derechos civiles, más la creciente inmigración desde el Tercer Mundo, particularmente de América Latina, crearon las condiciones para la emergencia de estudios de género y de etnicidad, de sexualidad y de racismo. Los estudios culturales llegaron más tardíamente a Estados Unidos y por otras exigencias que tienen que ver más con la relación entre Estados Unidos y Europa (Francia y el posestructuralismo; Inglaterra y los estudios culturales ligados a la particular 'tradición' marxista en Estados Unidos; Alemania y la segunda ola de la Escuela de Frankfurt –Habermas, etc.).

- 4 Un caso interesante para ilustrar este argumento es el del taiwanés Kuan-Hsing Chen. Estudió con Stuart Hall y editó con David Morley uno de los mejores volúmenes sobre la obra de Hall, *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies* (London: Routledge, 1996). Sin embargo, ni bien regresó a Taiwán planteó el problema de la diferencia epistémica colonial al contrastar la práctica de los estudios culturales en Taiwán y en el este asiático, y en Inglaterra y el Atlántico Norte ("Voices from the outside: towards a new international localism". *Cultural Studies*, 6.3, 1992, 476-484. No tardó tampoco en crear su propia revista, *Inter-Asia Cultural Studies*, la cual comenzó con un volumen titulado "Problematizing 'Asia'" (vol. 1.1. 2000). Por todo lo que he estado diciendo sobre América Latina, no es de sorprender que Kuan-Hsing, cuyo proyecto intelectual me parece estupendo, comience por problematizar la idea de 'Asia' y no la idea de 'estudios culturales'. Problematizar Asia en el momento de la rearticulación de la economía global y sus consecuencias culturales, políticas, éticas, epistémicas es un proyecto intelectual radical. En cambio problematizar los estudios culturales es una cuestión de política institucional, de razón estratégica más que de razón crítica.
- 5 Ver el artículo de Ramón Grosfoguel, "Development, Modernity, and Dependency Theory in Latin America", en *Nepantla. Views from South* (Durham, N.C.), 1.2, 347-376.
- 6 *Marxism and the Interpretation of Culture*, edited and with an introduction by Cary Nelson and Larry Grossberg. Urbana: University of Illinois Press, 1988.
- 7 Ver la introducción de Ileana Rodríguez en *The Latin American Subaltern Studies Reader*, Durham: Duke University Press, 2001.
- 8 Existe ya una amplia bibliografía de un proyecto intelectual en el que se entrecruzan instituciones e intelectuales en América Latina y Estados Unidos en torno a cuestiones de colonialidad y economía, globalización, eurocentrismo, racismo, etc. Entre estas publicaciones hay que mencionar, primero, trabajos publicados desde finales de los 80 y principios de los 90 en *Anuario Mariateguiano*, dirigido por Aníbal Quijano y Antonio Melis. Varias publicaciones de Enrique Dussel, pero fundamentalmente el volumen III de sus tres volúmenes sobre Marx, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana* (México: Siglo XXI, 1990); la sección especial de *Comentario Internacional* dedicado a Geopolíticas del conocimiento, editado por Catherine Walsh en el 2001 (<http://www.uasb.edu.ec/public/pub/comentario2.htm>); el libro editado por Edgardo Lander y publicado por CLACSO y UNESCO, *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, en el 2000 (<http://www.clacso.org/libros/lander/llander.html>); el libro editado por Santiago Cástro-Gómez, *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina* (Bogotá: Instituto Pensar, 2000); el libro editado por Walter Mignolo, *Capitalismo y geopolítica del conocimiento: el eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo* (Buenos Aires: Editorial del Signo, 2001); varios importantes trabajos de Silvia Rivera Cusicanqui no publicados. Para un resumen de ellos ver Walter D. Mignolo, "Descolonización epistémica y ética: la contribución de Xavier Albó y Silvia Rivera Cusicanqui a la reestructuración de las ciencias sociales desde los Andes", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 7.3, 2001, 85-112; el volumen 1.3, 2000 de *Nepantla: Views from South*,

- que recoge trabajos de Dussel, Cástro-Gomez, Lander y Quijano. Además de los artículos recogidos en *La colonialidad del saber y Teorías sin disciplinas* (ver nota 10), Fernando Coronil publicó recientemente otro artículo fundamental para el tipo de reflexiones que organiza esta nota al pie: "Toward a Critique of Globalcentrism", en *Public Culture*, 12.2, 2000; por último, el *dossier* preparado for Freya Schiwy y Michael Ennis, "Geopolitics of Knowledge: Knowledge and the Known", con artículos de Catherine Walsh, Oscar Guardiola-Rivera y Javier Sanjinés, en *Nepantla. Views from South*, 2-3, 2002.
- 9 Sobre este asunto ver mi "Capitalism and Geopolitics of Knowledge: Latin American Social Thought and Latino/a American Studies" en *Rethinking Area Studies*. Juan Poblete, ed. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002.
 - 10 En Estados Unidos, por ejemplo, se han estado realizando proyectos innovadores en la American Philosophical Association, en el sector de filosofía noratlántica. Eduardo Mendieta ha sido y sigue siendo una de las figuras más prolíficas en ese sector. Por ejemplo, *Latin America and Postmodernity: a Contemporary Reader*, 2001, coeditado con Pedro Lange-Churión; *Teorías sin disciplina, Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, coeditado con Santiago Castro-Gómez, México D.F.: Porrúa; San Francisco, Calif.: University of San Francisco, 1998; *Thinking from the Underside of History: Enrique Dussel's Philosophy of Liberation*, coeditado con Linda Martín Alcoff y Eduardo Mendieta, Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 2000.
 - 11 Por razones no previstas, Castro-Gómez no pudo participar este año. Fue reemplazado por Zandra Pedraza, de la Universidad de los Andes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcoff, Linda Martín y Eduardo Mendieta, eds. 2000. *Thinking from the Underside of History: Enrique Dussel's Philosophy of Liberation*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield Publishers.
- Castro-Gómez, Santiago, ed. 2000. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá: Instituto Pensar.
- Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta, eds. 1998. *Teorías sin disciplina, latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México D.F.: Porrúa/University of San Francisco.
- Coronil, Fernando. 2000. "Toward a Critique of Globalcentrism". *Public Culture* (Durham, N.C.), 12.2.
- Dowrkin, Dennis. 1997. *Cultural Marxism in Postwar Britain. History, the New Left, and the Origins of Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.
- Dussel, Enrique. 1990. *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. México: Siglo XXI.
- Frankenberg, Ruth and Lata Mati, 1993. "Crosscurrents, Crosstalk: Race, Postcoloniality, and the Politics of Location". *Cultural Studies* (N.Y.), 7.2: 292-310.

- Grosfoguel, Ramón. 2001. "Development, Modernity, and Dependency Theory in Latin America". *Nepantla. Views from South* (Durham, N.C.), 1.2: 347-376.
- Kuan-Hsing Chen. 1992. "Voices from the Outside: Towards a New International Localism". *Cultural Studies* (N.Y.), 6.3: 476-484.
- Lander, Edgardo. 2000. *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO y UNESCO. (<http://www.clacso.org/libros/lander/llander.html>)
- Mato, Daniel. 2001. "Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 85-112.
- Mignolo, Walter, ed. 2001a. *Capitalismo y geopolítica del conocimiento: el eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*. Buenos Aires: Editorial del Signo.
- Mignolo, Walter. 2001b. "Descolonización epistémica y ética: la contribución de Xavier Albó y Silvia Rivera Cusicanqui a la reestructuración de las ciencias sociales desde los Andes". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas), 7.3: 85-112.
- Mignolo, Walter. 2002. "Capitalism and Geopolitics of Knowledge: Latin American Social Thought and Latino/a American Studies". *Rethinking Area Studies*. Poblete, Juan, ed. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Morley, David, y Kuan-Hsing Chen, eds. 1996. *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies* London: Routledge.
- Nelson, Cary, y Larry Grossberg, eds. 1998. *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana: University of Illinois Press.
- Rodríguez, Ileana. 2001. "Introduction". *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Rodríguez, Ileana, ed. Durham: Duke University Press.
- Schiwy, Freya y Michael Ennis, eds. 2001. "Geopolitics of Knowledge: Knowledge and the Known". *Nepantla. Views from South* (Durham, N.C.), 2.3.
- Walsh, Catherine, ed. 2001. "Geopolíticas del conocimiento". *Comercio Internacional* (Quito), 2. (<http://www.uasb.edu.ec/public/pub/comentario2.htm>)